

# Sobre el ruido, la mentira y otras máscaras

JULIO ALMEIDA \*

«Entonces la vida me respondió así, y al hacerlo se tapaba los graciosos oídos: ¡Oh Zaratustra! No chasquees tan horriblemente el látigo! Tú lo sabes bien: el ruido asesina los pensamientos.»

*Nietzsche*

**Q**UE España es el país más ruidoso del universo mundo nos lo recuerdan una y otra vez las estadísticas de los aparatos de medida, pero ya lo sabíamos por la vulgar experiencia cotidiana. En esta punta de Europa el oído está castigado por ruidos más altos que en parte alguna si exceptuamos el Japón, al otro lado del continente euroasiático. Basta salir de casa. No hace falta entrar en una discoteca para padecer el hispánico tormento de los decibelios desahorados; ni que tomar un avión para que nuestra alma sufra lo insufrible por la vía auditiva; tampoco hay que esperar al carnaval; en realidad, a veces ni siquiera el hogar es garantía de sosiego. En España, tierra caliente (o fría, según), nos envuelven por doquier altos y aun espantosos niveles de ruido. ¿Qué significa esto? ¿No molesta el estruendo a los hispanos? ¿Cómo es que innumerables españoles parecen no sentirse incómodos en medio del estrépito, cómo es que muchos no se sienten bien sino subiendo el volumen del aparato de radio, de televisión o de la propia voz? ¿Por qué hablan tal alto? (más alto, desde luego, que los otros europeos o que los hispanoamericanos). ¿Qué significa esta especie de fruición que tienen tantos españoles por el ruido o la música al mayor volumen posible?

Para empezar, hay que decir que esto no ha sido siempre así. Durante los siglos de oro, y según José Antonio Maravall (que combate la idea de los caracteres nacionales permanentes), el español parece a los demás europeos reflexivo y lento, astuto y frío. El bravo y sufrido soldado español de los famosos tercios soportaba al parecer todas las penalidades excepto una; de ellos solía decirse, en efecto: *Todo lo sufren en el asalto-, sólo no sufren que les hablen alto. Y Castiglione habla en El Cortesano de la gravedad sosegada natural de España, frente a la presta y arrebatadora desenvoltura de los franceses.*

\* Badajoz, 1946. Profesor Titular de Sociología de la Universidad de Córdoba.

Si nos volvemos al siglo XX, porque no es menester indagar más ahora, hay que detenerse en Azorín, a cuya sensibilidad no podía

escapar el problema. En *Castilla* (1912), el escritor lo ve así: «Muchas veces hemos pensado que el grado de sensibilidad de un pueblo —consiguientemente, de civilización— se puede calcular, entre otras cosas, por la mayor o menor intolerabilidad al ruido». Ésta es la proposición esencial. El delicado Azorín prosigue: «¿Cómo tienen sus nervios de duros y remisos estos buenos españoles que en sus casas y ciudades y en los hoteles toleran las más estrepitosas baraúndas, los más agrios y molestos ruidos: gritos de vendedores, estrépito de carros cargados de hierro, charloteo de porteros, pianos, campanas, martillos, fonógrafos? A medida que la civilización se va afinando, deseadamos en la vivienda permanente y en la vivienda transitoria —en las fondas— más silencio, blandura y confortación.» Este es el pío deseo del escritor de Monóvar. ¿Se cumple o no se cumple?

Varios decenios después, un norteamericano viaja por España y por medio mundo. James A. Michener vive en Badajoz, Toledo, Córdoba, Sevilla, Madrid, Salamanca y Pamplona. Como un viajero romántico redivivo, Michener cuenta sus andanzas y nos ofrece su visión casi siempre interesante de la España de los años cincuenta y sesenta. A su paso por Toledo, al viajero le toca sufrir lo que llama la manía de ruido de los españoles: «Ningún ser humano, como descubriré más tarde, goza tanto poniendo en marcha motores con los tubos de escape a todo meter como el español; es una característica nacional» (1). Se trata sin duda de una característica más o menos pasajera, pero que va durando; es una característica que se pone en evidencia cuando se viaja por otros países, cuando vemos que los contertulios de bares y restauranes no necesitan los brutales ruidos de un televisor que no se ve, de las máquinas tragaperras, etc. Repito, ¿qué quiere decir esto?

Sobre los efectos del ruido se ha investigado no poco (2). Es casi evidente, por ejemplo, que modifica, que entorpece la atención del sujeto; se ha demostrado también la evidencia de que suscita estrés; en fin, parece igualmente claro que «el ruido enmascara y, por ello, dificulta la comunicación verbal». El ruido le impide a uno hablar correctamente y decir lo que piensa. ¡Vaya descubrimiento! Todos hemos comprobado mil veces lo difícil que resulta entablar una conversación en un lugar ruidoso; uno tiene que repetir una y otra vez a voz en grito lo que acaba de decir, acaso lo que acaba de expectorar. En tales lugares de infernal ruido, ¿qué haría el más grande orador? Si habla, creo que haría el ridículo, porque sus palabras se interfieren y se ocultan y se tergiversan. Fustel de Coulanges informa que en la antigua Grecia casi nunca se interrumpía a un orador: «El pueblo está atento, y tanto si se le adula como si se le reprende, escucha; con laudable paciencia deja expresar las opiniones más contradictorias y algunas veces eleva murmullos, pero nunca gritos ni silbidos; y el orador, sean quien fuere, sabe que podrá siempre llegar al final de su discurso. ¿No es maravilloso?

El ruido enmascara, en efecto, y así como de noche todos los gatos son pardos, cuando no hay silencio bastante, la mente humana funciona mal y las palabras de unos y de otros se funden y confunden y no se sabe quién es cada cual. Si está generalmente admitido, como dice Ponsoda, que un nivel bajo de ruido contribuye a una mayor calidad de vida, es obvia tarea de todos rebajar decibelios

(1) James A. Michener (1968): *Iberia. Viajes y reflexiones sobre España*, 2 vols. Barcelona, 1986, I, págs. 131-132.

(2) Véase la revisión de Vicente Ponsoda, «Explicaciones de los efectos del ruido en el rendimiento». *Revista de Psicología General y Aplicada*, vol. 38(6), 1983.

como sea. Pero no son sólo los mecánicos ruidos que amenazan por todas partes. Hay que inquirir perentoriamente por qué los españoles, con más frecuencia que nadie, huyen de la soledad y buscan no ya la compañía, sino el estrépito; por qué les molesta el sosiego y el silencio; por qué Hurtado, en la novela de Baroja, tiene que «buscar refugio fuera de casa»; por lo pronto en el casino.

El enmascaramiento producido por el (más o menos voluntario) ruido debe ser puesto en conexión con la necesidad o no necesidad de comunicarse con alguna fiabilidad. Si uno no quiere o no tiene nada que decir, el ruido es un magnífico acompañamiento; si lo que se desea es confundir y liar, que desaparezcan las diferencias en que la vida consiste, nada tan eficaz como unos decibelios de más. Ahora bien, ¿es que a los españoles les gusta enmascararse, es que no quieren aparecer tal cual son y prefieren disfrazarse y disfrazar la realidad? Es lo que se trata de demostrar.

No faltan aproximaciones al problema. Ortega habla en 1914 de la España oficial frente a la España vital en distinción que a mi juicio goza de renovada actualidad. No hay forma de llamar a las cosas por su verdadero nombre cristiano. (Por dar un solo ejemplo: la española es la única Administración que no llama *plena* a la dedicación a tiempo completo: *full-time, plein temps, tempo pieno, Voll-beschäftigung*. Dedicación plena se dice en todas partes a lo que aquí —no sin terrorífica retórica— denominamos *exclusiva*. Al sur del Pirineo la espléndida denominación se rebaja y significa dedicación *parcial*; es decir, por horas, como el servicio doméstico.) Pedro Laín Entralgo en *A qué llamamos España* ha bosquejado una «teoría antropológica del disfraz» para entender al hombre español. Julián Marías insiste con acierto: «No hay que hacer mucho caso de lo que se dice, ni casi de lo que pasa, porque tampoco es verdad»; y aunque no se refiere sólo a nuestro país, lo descubrió originariamente al considerar la vida pública española. José Luis Pinillos señala con valentía que «España se ha convertido en algo que no conviene mentar»; es más: «el nombre de España es objeto de tantas curiosas elipsis... que bien podría hablarse de la existencia de una España elíptica». Pero probablemente es Amando de Miguel quien más lejos ha llegado en esta dirección (quizá por ser el último). El sociólogo enseña que «España es un disfemismo que [los españoles] procuran evitar por todos los medios». Y quien como buen sociólogo se declara contrario a la idea de la realidad efectiva de los caracteres nacionales, no duda empero en agregar: «Diré más, esto de ser español y de no querer serlo es una característica típicamente española, acaso lo que mejor nos distingue como sociedad» (3). En fin, en un excelente artículo reciente, Amando de Miguel coge el toro por los cuernos. Tras recordar dos hechos inconcusos: a) que los españoles no se consideran racistas, y b) que en Chicago puede haber un alcalde negro, pero en Bilbao ni siquiera puede haber un alcalde nacido en Burgos, dice lo siguiente: «La disonancia entre los dos planos puede mantenerse porque los españoles han decidido borrar la mentira de la tabla de los mandamientos» (4). ¿Es esto cierto? A mí me parece que sí.

(3) Véase José Luis Pinillos: «La cuestión sigue abierta», y Amando de Miguel: «Ser español y no querer serlo». *ABC*, 27 de mayo de 1984.

(4) Véase: «Los españoles». *Diario 16*, 6 de octubre de 1987. Raúl Guerra Garrido sostiene también que: «el vicio del español no es la envidia, que sí lo es, sino la mentira, que lo es más». «La mentira española». *El País*, 19 de mayo de 1983.

Pero en rigor no se trata sólo de mentira *stricto sensu*, de propósito deliberado de engañar. Ya observa Peter Berger en su *Introducción a la sociología* que el esfuerzo que requiere la mentira es superior a las posibilidades de la mayoría de la gente; lo más fácil es engañarse uno a sí mismo. Nos hallamos, pues, ante lo que algunos han llamado mendacidad orgánica (*organische Verlogenheit*, dice Sche-ler en su estudio sobre el resentimiento); pero una suerte de mendacidad generalizada que convierte el singular fenómeno —más allá de su consideración psicológica o ética— en cosa social, en tremendo problema general.

Puesto que se trata de mentira habitual (como aquella carretera de Chumy Chúmez, cuyo pie rezaba: «Peligro. Carretera en estado habitual»), como nos las habernos con tan frecuente inadecuación entre pensamientos y cosas, hay que considerar la cuestión desde otro ángulo. ¿De qué se trata en definitiva? De comunicar con flabibilidad o fidelidad lo que se piensa, de decir honestamente lo que se quiere decir. Por lo demás, ya aprendimos en la escuela la distinción esencial: el error emitido de buena fe no es como la información intencionadamente falsa que se da para engañar. Pero aunque esta conducta es culpable y aquélla no, hay un común denominador que suele olvidarse de puro obvio: sea cual fuera la intención, conviene que la información transmitida sea buena, verdadera, digna de confianza. De poco sirve el mensaje del hombre veraz si está mal informado. Y en pareja situación nos encontramos ante el mentiroso, que termina descubriéndose: aunque diga la verdad, nos resistimos a aceptarla. Los espectadores no creyeron al payaso del circo de Kierke-gaard cuando les comunicó (el empresario no tenía a nadie más a mano) que se había producido un incendio; lo propio del payaso es decir payasadas. Se trata, por tanto, de que la comunicación sea fidedigna, de que la transmisión sea fiel y se halle exenta de ruidos. Pero esto nos lleva o puede llevarnos a otro terreno, al fascinante campo fronterizo que existe entre las ciencias sociales y la biología.

Como es sabido, los etólogos intentan explicar no pocas cosas humanas desde el punto de vista de la naturaleza animal. Para Kon-rad Lorenz, hay en la conducta del animal algo que puede considerarse *moralanalog*. Como observa su conspicuo discípulo en una obra capital, situados los animales ante el conflicto del impulso de defender a su prole o darse a la fuga, arriesgan su vida hasta el sacrificio para salvar a sus cachorros (5). En esta línea, un profesor de zoología de la Universidad de Munich sostiene que los mandamientos morales tienen evidentes raíces biológicas. En un libro sugestivamente titulado, *Biología de los Diez Mandamientos*, Wolfgang Wickler pasa revista a los viejos mandatos para mostrar su pertinencia biológica (6). Pues bien, el capítulo más convincente de este libro me parece el dedicado a fundamentar la (necesidad de) comprensión recíproca, *die gegenseitige Verständigung*, es decir, el octavo mandamiento: *du sollst nicht lügen*.

Se trata de algo aparentemente sencillo, que traduzco y parafraseo. En una jaula del Instituto Zoológico de la Universidad de Fri-burgo viven mirlos y tordos. Estos animales tienen un grito de alarma,

(5) Véase Irenáus Eibl-Eibesfeldt (1984): *Die Biologie des menschlichen Verhaltens. Grundriss der Humanethologie*, Piper, München Zürich, 2., überarbeitete Auflage 1986, pág. 863.

(6) Véase Wickler (1971): *Die Biologie der Zehn Gebote*, Piper und Co., München, 1977, págs. 130-139.

que emiten cuando alguna amenaza pasa volando. Es lo que hacían cuando fuera de la jaula volaba un ave rapaz: con rapidez, mirlos y tordos se ponían a cubierto. Pero después desarrollaron también una curiosa conducta hasta entonces desconocida en estas aves; a saber: con el tiempo *avisaban* también cuando un compañero les quitaba un bocado; y finalmente, este o aquel otro animal hacía sonar la alarma cuando les llevaban los sabrosos gusanos. El gritador no mostraba señal de temor, pero los otros pájaros se ponían a cubierto o se quedaban un instante muy quietos, lo que daba tiempo a aquél para tomar sin molestias su exquisito bocado. Wickler agrega que pudiera objetarse que estos animales han aprendido a mentir al contacto con el hombre, aunque nadie sabe en realidad cómo. Vayamos, pues, a animales que viven en el bosque.

El doctor G. Rüppell, prosigue Wickler, observó desde una tienda las andanzas de una pareja de zorros azules y sus cuatro cachorros. La zorra madre buscaba comida en los alrededores de la tienda para llevarla a su madriguera. Los cachorros hambrientos saltaban alrededor de su madre y se la quitaban. En una ocasión la zorra había cogido un buen trozo de queso. Un cachorro logró quitárselo, se orinó frente a la madre y empezó a comérselo. El zorro padre dio unos pasos alrededor del hijo, mirando. Pero de repente, abrió las fauces y emitió el alto grito de alarma. Inmediatamente el zorrillo dejó el queso y desapareció rápido entre las peñas. La hembra volvió al queso abandonado y comió de él. Y ahora viene lo más importante: en lo sucesivo, sin que hubiera peligro visible, la zorra expulsó a sus cachorros en casos similares mediante el grito de alarma cuando ella misma quería llegar a la comida.

Para el zoólogo no cabe duda de que tanto mirlos como zorros, al abusar de sus congéneres con la señal acústica de comunicación, se procuraban ventaja a costa de los demás. Por ello, a su juicio queda refutada la afirmación de que sólo el hombre puede mentir porque el animal carece de lenguaje. Pero Wickler continúa: cualquiera se dará cuenta de que tal abuso del grito en beneficio propio no puede convertirse en norma de validez general en una sociedad. Si alguien se dedica a intimidar, los demás irán desconfiando de él poco a poco. Fue lo que pudo observar también Rüppell en los zorros. Los zorrillos terminaron descubriendo el engaño de la madre; aunque ésta daba el grito de alarma una y otra vez, era en vano: los zorrillos aprendieron que no había peligro alguno. El grito había quedado sin valor.

Al llegar aquí todos recordaron automáticamente el cuento escolar del pastorcillo mentiroso que para divertirse pedía auxilio a los labradores del llano. *\Que viene el lobo\* Los hombres subían al monte para matar al lobo y se encontraban a Pascualín, un día y otro, riéndose de ellos. Un buen día llegó en efecto el lobo, pero los labradores no creyeron los gritos de socorro (ahora verdaderos) del falso *zagal*. Por lo que Wickler agrega la conocida sentencia: A quien miente una vez no se le cree, aunque diga la verdad. Es obvio. El mentiroso hace imposible la comunicación; la mentira es un lujo que los humanos no se pueden permitir, salvo excepciones, como enseña, por ejemplo, Marañón hablando de vocación y ética médicas. No, el hombre no debe mentir. El zoólogo termina el capítulo con estas palabras: «Pero es evidente que también el Octavo Man-

damiento tiene una raíz biológica cuya investigación es probablemente un mandamiento de la razón».

Cuando se piensa en los gravísimos accidentes que una defectuosa señalización ha ocasionado, se comprende mejor la necesidad de que la información se transmita correctamente. A veces un semáforo rojo estropeado y fuera de servicio (corregido por la voz humana) ha hecho que después, arreglado, haya sido *desobedecido* por el conductor de un tren con riesgo mortal. Habitualmente inservible, la luz roja no funcionó como debía, no logró detener el convoy.

#### IV

El ruido disfraza y distrae, confunde, enmascara, enloquece. Según todas las apariencias, en España hay demasiado ruido. Hay también mucho *ruido visual*. Mientras en los otros países europeos puede el viajero contemplar el paisaje sin otra distracción, si conduce un coche, que la lectura de las normas de la circulación, los españoles somos zarandeados de continuo por innumerables letreros publicitarios que perturban la serena contemplación del territorio y quizá la conducción misma, para no hablar de la conversación o—digámoslo platónicamente— el diálogo interior del alma consigo misma; para no hablar tampoco de la estética, de la suciedad y la basura que encubren nuestra tierra.

¿Tiende el español a disfrazarse y disfrazar? ¿Todo el año es carnavales, como escribe Larra en 1833? Si consideramos la *rúbrica* desde esta perspectiva, tal vez se entiendan mejor los curiosos rasgos que se dibujan tras la firma (con frecuencia ilegible), rúbrica que a mí me recuerda los saludos que hacían los caballeros siglos atrás con el sombrero o el chambergo. Acaso la rúbrica pudiera entenderse como señal o residuo de la voluntad de encubrimiento que padecen no pocos españoles, una costumbre que se mantiene por inercia, como tantas, incluso en personas no afectadas o insinceras.

Juan J. Linz acaba de diagnosticar que los españoles sufren el mal de la ostentación. Al comparar las clases medias y altas de España con las de otros países —Estados Unidos, por ejemplo—, el gran sociólogo observa con perspicacia que el nivel de vida *visible* de la península es superior al americano, «quizá porque aquí existe cierta tradición a figurar, una mayor presión social». Recuérdese a este propósito «la feria del mundo» del *Criticón*. Más de trescientos años después, la ostentación española puede verse como una suerte de enmascaramiento, como una máscara que muchos utilizan para ocultar su/la realidad.

En busca de soledad, condición necesaria para el pensamiento y la creación, Nietzsche sube a la Engadina con plena conciencia de que el ruido asesina los pensamientos. En fin, ¿cómo viviría en la España actual un filósofo que escribió también que la carta es una visita descortés que no se hace anunciar? ¿Cómo podremos pensar los españoles de hoy sometidos a la frecuente tortura de los gritos y de los alborotos más heterogéneos y desafortunados?